

una realidad inmune a la perturbadora irrupción del mundo sublunar. Es sobre todo vulnerable a la insidiosa intromisión tecnológica y tecnocrática asociada en *La cuarentena* con la imagen meretricia de la Dama de la Sombrilla. La capacidad advenediza de la televisión puntúa esta obra con horrendas escenas de la simultánea guerra del Golfo, cuyas infrahumanas crueldades prolongan en edición muy aumentada la fría violencia del Infierno dantesco. La humanidad entera se retuerce, al rojo vivo, en los círculos de las hodiernas *malebolgie* para culminar el *crescendo* de barbarie de la guerra moderna, porque todo es en el fondo lo mismo: pura y simple negación de Dios, ascendida a la misma escala gigantizada en que por el contrario se proponía afirmarla el *Mi'ray*. Las escenas de devastación y muerte son ahora verdaderos estudios en fealdad lanzada a la cara de una mentalidad sin sentimientos y puntualmente servida por los bien llamados «fundamentalistas de la tecnociencia» (C 106). Los tales ejecutores sí serán esta vez dignos de un castigo sin alivio ni fin en el tiempo: los pilotos que tan asépticamente atacan a la población iraquí se verán condenados a bombardear sus propios pacíficos hogares por toda la eternidad.

La sutileza inmaterial del barzaj permite fantásticos efectos de diorama, en que los bombardeos de Bagdad son también los de Barcelona (de tan penoso recuerdo para el autor) y los fugitivos de Kuwait se transforman en clásicas imágenes de la guerra civil española bajo la técnica, en este caso cinematográfica, del fundido encadenado. Las irrupciones de la crónica actual en el espacio maravilloso y onírico del barzaj no se limitan a la reiterada presencia de la guerra del Golfo. Se infiltra con frecuencia en éste la negatividad integral de la Dama de la Sombrilla, emperifollada de oropeles baratos y claramente traslaticios de lo deleznable y venal de cuanto con ella se asocia. El fallecido la encuentra una vez en una caseta de feria para recibir de sus manos una especie de horóscopo electrónico, acompañado de una regañina acerca de la mediocridad de su trayectoria biográfica y las escandalosas indecencias de su obra publicada. Grotesca visión de pesadilla y sacerdotisa del hedonismo tecnológico de una sociedad ultracapitalista, se hallará siempre azacanándose en crasos menesteres comerciales y publicitarios. Una obvia necesidad estructural fuerza su conexión con los temas de punta que allí integran Dante y la guerra del Golfo, por lo cual la Dama oficia como organizadora de visitas turísticas al Infierno de la *Commedia* y asimismo de agente de una inmobiliaria que vende apartamentos de lujo en los círculos del Paraíso de la misma. Puesta a hacer bien las cosas, la empresa constructora ofrece la garantía adicional de emplear a los mismos técnicos que antes planearon la victoriosa guerra del Golfo.

La garrulería trivializadora de la Dama de la Sombrilla se sirve de una lengua publicitaria salpicada de ocasionales locuciones inglesas como *Board of Managers, Stars and Stripes, to be dead to decency*, igual que, para su coleteo, de las peores vulgaridades callejeras de su nativo francés (*Oh, comme ils son emmerdants!*). Se trata naturalmente de la caricatura idiomática que debe de acompañar a la del personaje y a cuanto llega de «la alegre y confiada ciudad eurocrataconsumista» (M 13) que detrás de él alienta. La libidinosa Dama de la Sombrilla establece en todo esto un diálogo tácito para contraste con el otro personaje femenino de *Makbara*. No es sólo la obscenidad lírica de éste, sino también el efecto contrapuesto de la indumentaria de pacotilla, para engaño de las cámaras, con la evocación nostálgica que permite a aquella otra vivir la fase juvenil de los amores a través de las lindas *toilettes* descritas con virtuoso despliegue de terminología de la moda femenina.

Claro que con esto se pisa terreno conocido y, no ya la crítica, sino todo aficionado al arte de Goytisolo reconocerá sin dificultad la continuidad de todo este lenguaje, que habrá que llamar de *Citratumba*, con previos discursos y conocidos despliegues técnicos de su novelística. Ahí están sin ir más lejos los escauceos paródicos *à la manière de*, aquí representados por los divertidos anuncios personales en la prensa del corazón, el diálogo en francés de una película de vampiros o su sorna con la charlatanería de los simposios académicos acabados a farolazos. En *Makbara* el tema memorable de la visita turística sigue, por ejemplo, soltando su habitual corrosivo jugo en el muy literal de las apestosas tenerías de *Dar Debbag* en la medina de Fez, mientras que el empalagoso *sightseeing* de cuanto no hay que ver en la ciudad de Pittsburg (una de las más contaminadas de Norteamérica) es conducido en un inglés pasteurizado y exangüe. En él se entremezclan largos segmentos publicitarios para argüir adelantos técnicos como la alimentación puramente química y la renuncia al sexo en pro de la inseminación artificial («un ahorro increíble de dinero, capacidad y energía»). Y todo esto a modo de olla no podrida, sino hartó aséptica en que servir a las masas cautivas una perversa celebración de la anti-vida (M 138).

Continúan tales pastiches el gélido humor sarcástico que es marca de fábrica del autor, pero es preciso aclarar que la nueva preocupación mística y escatológica de éste no se realiza a costa de los aspectos combativos de «comprometido» contra la opresión de una anterior etapa de su obra aquí superada, pero no en modo alguno clausurada. Su escalpelo sociolingüístico continúa afilándose ahora no frente a la coacción inquisitorial ni totalitaria, sino hurgando en el pétreo corazón de la tecnocracia deshumanizadora y la esterilización del lenguaje con que sus medios de «prensa y

propaganda» le pone en las manos un contundente poder revestido de hipócrita guante blanco. Las páginas de *Makbara* contienen un devastador alegato contra el matrimonio burgués, agónicamente degenerado en grotesca e integral comercialización (*Le salon du mariage*). Lo mismo que también los claros ecos político-inquisitoriales en que sigue resonando, consolidado, el léxico siniestro de las represiones de todos los pelajes: las autocríticas cara al Partido; los interrogatorios y excomuniones del *Padre*, del *Líder Inmenso*, de la terrenal *Intercesora* y *Medianera de Todas las Gracias*, el *Guía Supremo* y demás carniceros ídolos de la tribu. El políptico o baraja fraseológica de las delaciones, cazas de brujas y purgas taifales, de las sectas, de las policías políticas y de los santos oficios, diestramente destilados conforme a lo que el mismo autor llamara «un motivo reiterado, obsesivo de mis pesadillas»¹⁵.

Frente al mundo vagaroso y espiritual de Ultratumba, este otro de acá se perfila como un infierno hartado real y tangible, que subsiste con la complicidad de un lenguaje negado o destruido a fuerza de orwelliana manipulación. El arte de Goytisolo está en cogerle las vueltas para exponer con ironía los mecanismos del fraude a través de la adoxografía o elogio paradójico, endeudado de lejos con Erasmo (*Elogio de la locura*) y del disparate «hecho de industria» como decía Cervantes. El autor nos ha legado ya algún ejemplo que cabe llamar clásico, como su ditirámica y donosísima reseña de la autobiografía del capitoste ruso Brezhnev¹⁶. Suma ahora otro no menos brillante con la contrafactura del estilo tecnocrático en que *Radio Liberty* (M 29) propugna (con manifiesto eco de la *Modest Proposal* de Jonathan Swift) la conveniencia de que las clases pasivas se den colectivamente a la no desagradable actividad del suicidio como forma de asegurar el avance económico que supondría la eliminación completa y definitiva de los seguros sociales. Son páginas escritas en 1980 que dejan de ser divertidas para sonar proféticas en vista de la planeada campaña que, desde entonces, venimos sufriendo a favor de la «privatización» de aquellos, higiénica palabreja que no figura en *Makbara* ni en *La cuarentena*, pero a la que es fácil profetizar un futuro en la obra venidera de Juan Goytisolo.

El lenguaje del susodicho infierno terrenal de Citratumba es sinónimo, pues, de opresión, engaño y despojo. Podrá ser «siempre la misma monserga, chantaje, propaganda, sermón» (M 191), pero su forma se ofrece por el contrario correcta, enemiga de extremos y falsamente académica. Su registro invariable es la insipidez y en vano se buscarán en ella exabruptos,

¹⁵ Coto vedado, *Barcelona: Seix Barral, 1985, p. 93.*

¹⁶ «Brezhnev escritor», en *Contracorrientes, pp. 197-217.*

neologismos ni palabras malsonantes. La muerte, el sufrimiento y lo mismo el sexo, o no existen o se hallan por entero desvitalizados, conforme al sello impuesto por la subyacente mentalidad tecnocrática. Con no menos intención, los fragmentos correspondientes a esa otra lengua del mundo de hoy, definido para Goytisolo por París y Nueva York, se hallan sobre todo libres por completo de arabismos, abandonan la parataxis y desconocen la clase de imprecisiones y deslizamientos que salpican o proliferan en la opuesta orilla del macabro o del barzaj. Lo semítico se acredita, una vez más, incompatible con la percepción occidental de lo divino, de lo humano y de la belleza. La sociedad tecnocrática los decreta por ello inexistentes, igual que en la España de antaño todo lo mudéjar fuera destruido o pudorosamente ocultado, sin excluir su presencia lingüística, en nombre siempre de la sempiterna *limpieza*, lo mismo de sangre que ideológica.

Conforme a una preocupación de siempre¹⁷, Goytisolo compone, como se ha visto, palabra a palabra y obseso en cada paso y momento con el origen y plenitud del significado. Su uso por ejemplo del tecnicismo *precitos* para designar a los condenandos es modo de informar acerca de la atención que también ha prestado a la teología cristiana¹⁸. Lo mismo con la aparición de *metecos*, un vocablo neutro hasta el momento en español, pero cargado Ultrapirineos con la onerosa herencia semántica de Charles Maurras y sus secuelas de extrema derecha. La prosa convencional y anestesiada del mundo de acá se apoya sobre un léxico por entero hipotecado a la economía, la publicidad y el consumo. Voces como los almacenes *Prisunic*, *Astroflash* o *Pronuptia* y conocidas marcas de productos como el autobús *Pullman*, la sopa *Campbell*, el detergente *Tide*, el encendedor *Ronson*, la cerveza *Heineken*, la camisa *Saint Laurent*, el *Ford Capri*, el calzado deportivo *Yanko* y demás fetiches materialistas de nuestro mundo de hoy. En la misma línea se hallan *Business district*, *Golden Triangle*, *Dow Jones*, *Kentucky Freid Chicken* y diversas otras lexías angloamericanas, incluyendo la divertida monstruosidad pseudomórfica de «güisqui en las rocas» (*M 27*). Con ellas se asocian, en la misma línea de marcas comerciales y no de seres humanos, los nombres de Pelé, Zatopek y Di Maggio.

Una lengua así reducida a la categoría de puro instrumento venal al servicio mercenario del poder se vuelve un artefacto utilitario como otro cualquiera y pervierte en su raíz el valor de comunicación del idioma. Las pala-

¹⁷ Observada por Pere Gimferrer, «Implicaciones». Juan Goytisolo (Voces I), Barcelona: Montesinos, 1981, p. 81.

¹⁸ Su uso en español se ha limitado casi exclusivamente a las controversias teológicas sobre la predestinación. Véase Charles F. Fraker, «The Theme of Predestination in the 'Cancionero de Baena'», *Bulletin of Hispanic Studies*, 51 (1974), pp. 228-243.